

materiales empleados en Tolon no se habian elegido con mucho acierto, y se notó que los hierros, las jarcias y arboladuras se rompian fácilmente; de modo que Villeneuve temia mucho y quizá demasiado, el peligro de oponerse con semejantes buques y tripulaciones á los navios enemigos ya prácticos, merced á un crucero de veinte meses; en una palabra, su alma estaba ya intimidada antes de haber salido al mar. Sin embargo, instigado por Napoleon, por el ministro Decrés y por el general Lauriston, se puso en disposicion de levar el ancla hácia los últimos dias de diciembre, si un viento enteramente contrario no le hubiera detenido en la bahía de Tolon hasta el 18 de enero. En este dia por fin habiendo cambiado el viento, aparejó y logró haciendo un rodeo falso, sustraerse á la vigilancia enemiga. Pero la noche trajo una fuerte tormenta y la inesperienza de las tripulaciones, unida á la mala calidad de los materiales, espusieron á nuestros buques á terribles accidentes. La escuadra se dispersó y á la mañana siguiente Villeneuve se encontró separado de cuatro navios y una fragata. A unos se les habian roto los mástelos, otros hacian agua y todos recibieron averias difíciles de reparar en la mar. Además de estas desgracias, dos fragatas inglesas observaban nuestra marcha, y el almirante temia tropezar con el enemigo en un momento en que no tenia mas que cinco navios para contrarestarle, por consiguiente se decidió á volver á Tolon, á pesar de haber navegado ya setenta leguas y de las instancias del general Lauriston, que contando todavia mas de cuatro mil hombres á bordo de los navios que habian quedado, queria que se le condujese á

su destino. Villeneuve volvió á Tolon el 27 y logró felizmente reunir en él toda su escuadra.

El tiempo no se perdió del todo, pues se empleó en reparar las averias sufridas y en apresurar el complemento de lo necesario para volver á hacerse á la vela. Pero el almirante Villeneuve quedó sumamente afectado, y así escribió al ministro el mismo dia de su vuelta á Tolon.—Os lo confieso, navios armados de este modo, débiles en marineros, atestados de tropas, con utensilios viejos ó de mala calidad, navios que el menor viento, rompe sus arboladuras ó desgarras sus velas, y que cuando hay buen tiempo, tienen que ocuparlo en reparar las averias ocasionadas por el viento ó la inesperienza de sus marinos, es imposible que puedan emprender nada. Antes de mi salida llevaba un presentimiento y ahora acabo de hacer una prueba fatal (1).

Napoleon no pudo menos de sentir un notable disgusto cuando supo esta salida inútil.—¿Qué se ha de hacer, esclamó, con almirantes que á la primera averia se desaniman y piensan en volveise? Seria necesario renunciar á navegar y á emprender nada, aun en la mejor estacion si la separacion de algunos buques pudiese contrariar una operacion. Se debería haber citado, añadía, á todos los capitanes de la escuadra á la altura de las Canarias, por medio de despachos sellados; las averias se hubieran reparado en el camino; si un buque hacia agua de un modo peligroso, se le hubiera dejado en Cádiz, trasladando su gente al

(1) Despacho del 4.º pluvioso, año XIII (21 de enero de 1805) á bordo del navio *Bucentauro*, en la bahía de Tolon.

navío *Aguila*, que estaba en aquel puerto pronto á hacerse á la vela. Algunos masteleros rotos, algunos desórdenes en una tempestad, son circunstancias muy ordinarias. Dos dias de un tiempo favorable hubieran reparado la escuadra y la hubieran vuelto á su mejor estado. *Pero el gran mal de nuestra marina está en que los hombres que la mandan son nuevos para todos los casos del mando* (1).

Por desgracia, habia pasado ya la época propicia para la expedicion de Surinam y era menester que Napoleon con su inagotable fecundidad, inventase otra combinacion. La primera, que consistia en trasladar al almirante Latouche desde Tolon á la Mancha, se frustró por la muerte de aquel gran marino; la segunda, que tenia por objeto hacer ir á los ingleses á los mares de América, al ver la escuadra de Villeneuve en Surinam y la de Missiessy en las Antillas, y aprovechar aquella circunstancia para enviar á Ganteaume á la Mancha, se frustró tambien por los atrasos de la organizacion, por los vientos y por una salida infructuosa, por consiguiente era necesario recurrir á otro plan. Una nueva pérdida, la del almirante Bruix, diferente de Latouche, pero su igual á lo menos en mérito, contribuia tambien á las dificultades de las operaciones navales. El desgraciado Bruix, tan notable por el carácter, la esperiencia, y la fuerza de ingenio, acababa de espirar, victima de su celo y actividad por la organizacion de la escuadrilla. Si hubiera vivido, Napoleon lo hubiera puesto indudablemente á la cabeza de la escuadra

(1) Carta á Lauriston del 1.º de febrero, 1805.

encargada de efectuar la gran maniobra que meditaba. Hubiérase dicho que el destino conjurado contra la marina francesa, quiso arrebatarle en seis meses sus dos primeros almirantes, ambos capaces sin duda de medirse con los almirantes ingleses. Necesitábase, pues, hasta que los acontecimientos de la guerra hubiesen revelado nuevos talentos, resignarse á hechar mano de los almirantes Ganteaume, Villeneuve y Missiessy.

Un suceso grave ocurrió en aquellos momentos en los mares y modificó la situacion de las potencias beligerantes. La Inglaterra declaró la guerra de un modo imprevisto é injusto á la nacion española. Hacia algun tiempo que conoció que la neutralidad de España, sin ser benéfica á la Francia, le era sin embargo útil bajo muchos conceptos. La escuadra francesa estacionada en el Ferrol, se reparaba mientras se le levantaba el bloqueo. El navío *Aguila* hacia otro tanto en Cádiz, y los corsarios franceses entraban en los puertos de la peninsula para venderen ellos sus presas. La Inglaterra tenia derecho á gozar de las mismas ventajas á causa de la reciprocidad; pero preferia privarse de él con tal de quitársela á la Francia; y en consecuencia anunció á la córte de Madrid que consideraba como una violacion de la neutralidad lo que sucedia en los puertos de la peninsula, y la amenazó con la guerra si seguian armándose en ellos los navíos franceses, y si los corsarios encontraban en ellos un asilo y un mercado á sus presas: y exigió además que Carlos IV garantizase el Portugal contra toda tentativa de parte de la Francia. Esta última exigencia era exorbitante, y traspasaba el limite de neutra-

lidad en que queria que se encerrase la España. Sin embargo, la Francia permitió que la corte de Madrid se mostrase complaciente con la Inglaterra, y aun dejó para mas adelante una parte de sus exigencias, con objeto de prolongar un estado de cosas que nos convenia. En efecto, la cooperacion militar de España no podia equivaler para nosotros á un subsidio de 48.000,000 anuales, y este subsidio no podia pagarse sin la neutralidad, que era la que permitia la llegada del metálico del Nuevo Mundo, por consiguiente, se estaba á punto de convenir en todo; pero la Inglaterra, mas exigente cuanto mas se cedia á sus pretensiones, pidió que inmediatamente cesase el armamento en todos los puertos españoles, queriendo dar á entender con esto que era necesario que los navios franceses saliesen inmediatamente del Ferrol, es decir, entregárselos. Por último, violando abiertamente el derecho de gentes, mandó sin intimacion anterior, apresar todos los navios españoles que se encontrasen en la mar. Si se piensa que semejante orden no tenia otro objeto que apoderarse de los buques procedentes de América, cargados de plata y oro, se podrá calificar justamente de verdadera piratería. En aquel momento cuatro fragatas españolas, que conducian 12.000,000 de pesos, se hacian á la vela en Méjico hácia las costas de España, cuando fueron detenidas por un crucero inglés, y habiéndose negado el oficial español á entregar sus buques, fué bárbaramente atacado por una fuerza mil veces mas superior, y hecho prisionero despues de una defensa heroica. Una de las cuatro fragatas se voló, y las otras tres fueron

conducidas á los puertos de la Gran Bretaña.

Este acto odioso escitó la indignacion de España y el vituperio de la Europa entera. Sin vacilar un momento, Cárlos IV declaró la guerra á la Inglaterra, y mandó al mismo tiempo el arresto de los ingleses que se hallasen en la península, y el secuestro de todas sus propiedades, para garantizar los bienes y personas de los comerciantes españoles.

De este modo, á pesar de su apatia, á pesar de las hábiles gestiones de la Francia, la corte de España se vió por fuerza arrastrada á la guerra por las violencias marítimas de la Inglaterra.

No pudiendo ya Napoleon exigir el subsidio de los 48.000,000, se apresuró á convenir en el modo en que la España cooperarse á las hostilidades, y sobre todo procuró inspirarle resoluciones dignas de ella y de su antigua grandeza.

El gabinete español que deseaba complacer á Napoleon y animado tambien por un sentimiento de justicia hacia el mérito, habia elegido al almirante Gravina para embajador en Francia, cuyo almirante era el primer oficial de la marina española, y hombre que bajo un aspecto sencillo ocultaba una inteligencia extraordinaria y el mas intrépido valor; así que Napoleon se habia aficionado mucho al almirante Gravina y éste á Napoleon. Por los mismos motivos que le valieron el nombramiento de embajador, fué encargado del mando en jefe de la marina española, y antes que saliese de Paris, se le ordenó que concertase con el gobierno francés, el plan de las operaciones navales. Con este objeto, firmó el almirante el 4 de enero de 1805, un convenio que especificaba

la parte que cada una de las dos potencias debía tomar en la guerra. La Francia se comprometía á mantener constantemente en el mar cuarenta y siete navíos de línea, veinte y nueve fragatas, catorce corbetas y veinte y cinco bergantines, y á apresurar cuanto le fuese posible la conclusion de los diez y seis navíos y catorce fragatas existentes en los talleres; á reunir las tropas que quedarían acampadas cerca de los puertos de embarque, en la proporcion de quinientos hombres por navío y doscientos por fragata; y por último, á mantener una escuadrilla francesa siempre en estado de trasportar noventa mil hombres, sin comprender los treinta mil destinados á embarcarse en la escuadrilla holandesa. Si se valúa por el número de navíos y fragatas la fuerza de la escuadrilla, y se añade á la escuadra francesa de alto bordo, puede decirse que teníamos en realidad, un total de sesenta navíos y cuarenta fragatas en la mar.

Por su parte prometía la España armar inmediatamente treinta y dos navíos de línea provistos para cuatro meses de agua y seis de víveres, cuya reparticion era la de quince navíos en Cádiz, ocho en Cartagena y nueve en el Ferrol. Próximo á los puntos de embarco debían reunirse tropas españolas á razon de cuatrocientos cincuenta hombres por navío, y doscientos por fragata. Además debía estar preparada de medios de trasporte para buques de guerra armados en fusta, en la proporcion de cuatro mil toneladas en Cádiz, dos mil en Cartagena y otro tanto en el Ferrol. Habíase convenido que el almirante Gravina tendría el mando superior de la escuadra española, y tendría cor-

respondencia directa con el ministro francés Decrès, es decir, que recibiría sus instrucciones del mismo Napoleon, no pudiendo avergonzarse el honor español de semejante direccion. A estas estipulaciones militares acompañaban algunas estipulaciones políticas. El subsidio cesaba naturalmente desde el día en que comenzaron las hostilidades de Inglaterra contra España; además las dos naciones se comprometían á no concluir la guerra separadamente, y por último la Francia se ofrecía á hacer devolver á España la colonia de la Trinidad, y aun Gibraltar si la guerra tenía por término algun triunfo brillante.

El compromiso que había contraído la corte de Madrid era muy superior á sus medios, pues en vez de treinta y dos navíos, veinte y cuatro medianos era cuanto podía armar, aunque ocupados por gente bizarra, por consiguiente si se calcula el total de las fuerzas de la Francia, de la España y de Holanda se puede considerar que las tres naciones reunían cerca de noventa y tres navíos de línea, de los cuales sesenta pertenecían á Francia, veinte y cuatro á España y ocho á Holanda. Sin embargo, si se cuenta la escuadrilla por quince navíos, queda reducida á setenta y siete la fuerza efectiva de la escuadra de alto bordo de las tres naciones. Los ingleses tenían ochenta y nueve perfectamente armados, tripulados y en todo superiores á los de los aliados, y se preparaban á aumentar el número hasta ciento, por consiguiente la ventaja estaba de su parte, y no podrían ser vencidos sino por la superioridad de las combinaciones que no han

tenido nunca con mucho en la mar la influencia que en tierra.

Por desgracia España, en otro tiempo tan rica en marina, y tan interesada todavía en serlo, á causa de sus vastas colonias, se encontraba como hemos dicho tantas veces, en una completa desnudez. Sus arsenales estaban abandonados y no contenian ni maderas, ni cañones, ni hierro, ni cobre. Los magníficos establecimientos del Ferrol, Cádiz y Cartagena estaban vacíos y desiertos, pues ni tenían materiales ni trabajadores. Los marineros, poco numerosos en España desde que su comercio quedó reducido al transporte de efectos metálicos, escaseaban ahora mas á consecuencia de la fiebre amarilla que devastaba todo el litoral, y que les habia hecho huír al extranjero ó al interior; si á esto se añade una grande escasez de granos y una penuria en la hacienda, aumentada por el reciente robo de las fragatas mejicanas, se tendrá una idea, y no muy exacta, de todas las miserias que afligian á esta potencia, tan grande en un tiempo, y tan deplorablemente decaída en aquella sazón.

Napoleon, que tan poco atendidos consejos le habia dado durante la última paz, para que consagrarse á lo menos una parte de sus recursos á la reorganizacion de la marina, quiso, aunque sin esperanza de buen éxito, hacer el último esfuerzo cerca de esta corte, y así, en vez de emplear las amenazas, como hizo en 1803, trató de halagarla y animarla en lo posible. Habia llamado al mariscal Lannes de Portugal para ponerse á la cabeza de los granaderos, que habian de ser los primeros que desembarcasen en Inglaterra, y ha-

bia mandado al general Junot que reemplazase en Portugal á Lannes. El general Junot era muy querido de él porquè tenia talento natural, y aunque su carácter era demasiado ardiente, su adhesion era sin límites, y á éste le mandó pasar á Madrid para ver al príncipe de la Paz, á la reina y al rey. Junot debia picar el honor del príncipe y darle á conocer que tenia en sus manos la suerte de la monarquía española, y podia hacer ó bien el papel de un favorito despreciable y aborrecido, ó el de un ministro que aprovechaba el favor de sus señores para realzar el poder de su patria. Junot estaba autorizado para prometerle toda la benevolencia de Napoleon, y aun un principado en Portugal si servia con celo la causa comun y procuraba dar una actividad suficiente á la administracion española. El enviado de Napoleon debia ver en seguida á la reina, declararle que se sabia en Europa su influencia en el gobierno, es decir, sobre el rey y sobre el príncipe de la Paz; que su honor personal estaba interesado, tanto como el de la monarquía en que se hiciesen los mayores esfuerzos y obtuviesen los posibles triunfos; que si el poderio español no se reanimaba en aquella ocasion, ella, reina omnipotente como era, seria personalmente responsable á los ojos del mundo y de sus hijos de los desórdenes que hubiesen debilitado y arruinado la monarquía; por último, Junot debia usar cuantos medios juzgase oportunos para despertar en aquella princesa algunos buenos sentimientos. En cuanto al rey, no habia nada que hacer para inspirárselos, porque los tenia excelentes; pero el débil monarca era incapaz de aten-

cion y de voluntad, embrutecido como estaba en la caza y trabajos mecánicos.

Junot tenia orden de permanecer en Madrid, antes de pasar á Portugal, y presentarse como embajador extraordinario, para tratar de reanimar un poco esta degenerada córte.

Tratábase ahora de dar el mejor empleo posible á los recursos de las tres naciones marítimas, Francia, España y Holanda. El proyecto de conducir de improviso una parte mas ó menos importante de estas fuerzas navales á la Mancha, proyecto modificado ya dos veces, ocupaba sin cesar á Napoleon; pero una idea grande y repentina le distrajo de él un momento.

Recibia Napoleon con frecuencia informes del general Decaen, comandante de las escalas francesas en la India, retirado á la isla de Francia desde la renovacion de la guerra, y que de acuerdo con el almirante Linois, causaba grandes estragos al comercio británico. El general Decaen, que tenia un genio ardiente y capaz para mandar de lejos, en una situacion independiente y peligrosa, habia entablado relaciones con los mahrattos, que aun no estaban del todo sometidos. Habíase proporcionado curiosos informes sobre las disposiciones de aquellos principes recientemente vencidos, y se persuadió de que seis mil franceses desembarcando con un material de guerra suficiente, pronto apoyados por una masa de insurgentes impacientes por sacudir el yugo, podrian equilibrar el imperio británico en la India. Napoleon fué, como podremos recordar, quien en 1803, indicó esta senda al general Decaen y éste se lanzó á ella con ardor; pero no era un encuentro

arriesgado lo que queria intentar Napoleon; para emprender algo, era menester que fuese una grande expedicion digna de la de Egipto, y capaz de privar á los ingleses de la importante conquista que formaba en el presente siglo, su grandeza y su gloria. La distancia hacia que esta expedicion fuese mucho mas difícil que la de Egipto; pues si trasladar en tiempo de guerra, treinta mil hombres desde Tolon á Alejandria, es ya una operacion considerable, llevarlos á la costa de la India, doblando el cabo de Buena Esperanza, era una empresa gigantesca. Juzgaba Napoleon, apoyándose en su propia esperiencia, que como en la inmensidad del mar son muy difíciles los encuentros, se puede con algun ingenio aventurar los mas atrevidos movimientos y lograr, sin tropezar en el camino con un enemigo muy superior en número, el objeto propuesto. Asi fué como en 1798 pasó por medio de las escuadras inglesas con algunos centenares de velas y un ejército entero, tomó á Malta y abordó á Alejandria sin que Nelson le hubiera encontrado. El éxito de semejantes empresas exigia un secreto profundo y mucho arte para burlar al almirantazgo británico, siéndole esto último sumamente fácil, pues teniendo nuestras tropas reunidas y prontas á embarcarse en todos los puntos donde tenia escuadras, en Tolon, Cádiz, el Ferrol, Rochefort, Brest y en el Texel, estaba siempre en disposicion de hacer salir un ejército sin que los ingleses lo notasen ni pudiesen adivinar qué fuerza y direccion llevaba. El proyecto tenia la utilidad de que dirigida siempre la atencion del enemigo hacia este objeto, debia estar siempre en la espec-

tativa de una espedicion contra la Irlanda ó contra las costas de Inglaterra; por consiguiente la ocasion favorecia el intentar una de aquellas espediciones estraordinarias que Napoleon concebía y resolvía con tanta rapidez. Pensaba, por ejemplo, que arrebatár la India á los ingleses tenia unos resultados tan grandes, que por este medio podria consentirse en diferir todos sus demás proyectos, incluso el del desembarco; y estaba dispuesto á consagrarle todas sus fuerzas navales. Hé aquí sus calculos sobre este particular. Tenia en los puertos de armamento, además de las escuadras prontas á hacerse á la vela, una reserva de buques viejos poco á propósito para la guerra activa. Tenia también en las tripulaciones, además de buenos marineros, novicios muy jóvenes ó quintos, trasportados muy recientemente á bordo de los navios; y sobre esta doble consideracion estableció su plan. Quería unir á una cierta cantidad de navios nuevos todos los que estaban fuera de servicio, pero que pudiesen todavía hacer una travesía; quería armarlos en fusta, es decir, despojarlos de la artillería, sustituir esta carga con una gran masa de tropas, completar las tripulaciones con hombres de todas clases habidos en los puertos franceses, y de esta manera espedir desde Tolon, Cádiz, Ferrol, Rochefort y Brest, diferentes escuadras, que sin llevar tras si un solo buque de transporte, pudieran desembarcar en la India un ejército considerable. Proponíase hacer salir de Tolon trece navios y de Brest veinte y uno, cuya mitad estaria compuesta de buques viejos, y añadir á estos treinta y cuatro navios, unas veinte fragatas, tomando diez de ellas de las que estaban

fuera de servicio. Estas dos escuadras, saliendo casi al mismo tiempo, y con cita á la isla de Malta, podrian llevar cuarenta mil hombres entre soldados y marineros. A su llegada á la India deberian abandonar los buques que estuviesen en mal estado, no conservar sino los aptos para navegar, esto es, quince navios de los treinta y cuatro; y diez de las veinte fragatas, y hacer dos divisiones en las tripulaciones, á saber: todos los buenos marineros se destinarian á los buques conservados, y los marineros medianos, pero á propósito para soldados, se distribuirian en los cuadros y servirian para completar el ejército de desembarco. Suponia Napoleon que se necesitarian cerca de catorce ó quince mil marineros para armar bien los quince navios y diez fragatas destinadas á volver á Europa; por consiguiente deberian quedar en la India veinte y cinco ó veinte y seis mil hombres de tropa, de los cuarenta mil entre soldados y marineros que habian salido de Europa, y volver con una escuadra de quince navios escelentes bajo todos conceptos, por la calidad de los buques, la eleccion de los hombres y la esperiencia adquirida en tan larga navegacion. De este modo no se hubieran perdido, con respecto á la marina, mas que cascos fuera de servicio ó reatas de tripulacion y se habria dejado en la India un ejército mas que suficiente para vencer á los ingleses, sobre todo, mandado por un hombre tan emprendedor como el general Decaen.

Napoleon se proponia además hacer salir tres mil franceses en la escuadra holandesa del Texel, dos mil en una nueva division que se organizaba en Rochefort, y cuatro mil españoles en la escua-

dra española de Cádiz, lo cual formaba un refuerzo de nueve mil hombres, que hacia ascender á cerca de treinta y cinco ó treinta y seis mil soldados el ejército del general Decaen, y con semejante fuerza es mucho mas probable que la India, apenas sometida todavía, hubiese destruido el poder británico. En cuanto á la travesía, cualquiera cosa era mas probable que un encuentro con los ingleses. Hubiera sido muy difícil salvarse de ellos si la escuadra de guerra hubiera necesitado que la siguiesen algunos cientos de buques de transporte, pero los navíos y fragatas viejos armados en fuste, permitian no recurrir á este medio, y el proyecto reposaba sobre el principio de sacrificar la parte mediana ó mala de la marina, tanto en personal como en material y resignarse á que no volviese mas que la parte excelente, pues á este precio, se obraba el milagro de trasladar á la India un ejército de setenta y seis mil hombres. Por lo demás el sacrificio no era tan grande como podía parecer, porque no hay marino que no sepa que tanto en mar como en tierra y particularmente en mar, la cualidad de las fuerzas lo hace todo, y que mas se hace con diez buenos navíos, que con veinte medianos.

Este proyecto era el aplazamiento momentáneo del desembarco; pero era posible que favoreciese su ejecucion de una manera extraordinaria, porque pasado algun tiempo, los ingleses, noticiosos de la salida de nuestras escuadras correrian tras ellas, y despejarian los mares de Europa, mientras que la escuadra volviendo de la India con quince navíos y diez fragatas, podria aparecer en el estrecho, donde Napoleon, siempre dispuesto

quando se presentase la ocasion, podria aprovechar el menor favor de la fortuna. Verdad es que esta última parte de la combinacion suponía una felicidad doble; felicidad en el viage de ida á la India y felicidad en el viage de vuelta, y es menester confesar que la fortuna raras veces acompaña á un hombre por grande que sea, á tan alto punto. Por espacio de cuatro semanas estuvo Napoleon suspenso entre la idea de enviar aquella expedicion á las Indias, y la de salvar el paso de Calais. La caída del imperio inglés en las Indias le parecia de un resultado tan considerable, que esperaba evitar por ese medio la esposicion de su persona y de su ejército en una tentativa tan peligrosa como el desembarco. Asi es que pasó un mes entero en vacilar entre las dos combinaciones, y su correspondencia testifica la fluctuacion de su espíritu entre aquellas dos empresas extraordinarias.

Sin embargo la expedicion de Boloña alcanzó la primacia, pues consideró Napoleon este golpe como mas pronto, mas decisivo y casi tan infalible si una escuadra francesa llegaba de improviso á la Mancha, y en este supuesto comenzó su mente á trabajar de nuevo é imaginó una tercera combinacion mas grande, mas profunda y todavía mas plausible que las dos anteriores, para reunir, á hurto de los ingleses, todas sus fuerzas navales entre Douvres y Boloña.

Su plan se decidió en los primeros dias de marzo, y en consecuencia se espidieron las órdenes necesarias. Consistía como el de Surinam, en distraer á los ingleses hacia las Indias y las Antillas, donde la escuadra del almirante Missiessy, que



salió el 11 de enero, les llamaba ya la atención; y luego en volver inmediatamente á los mares de Europa, con una reunion de fuerzas superior á cualquiera escuadra inglesa. Este era en parte el proyecto del mes de diciembre anterior, pero ensanchado y llevado á su complemento con la reunion de las fuerzas de España. El almirante Villeneuve debia partir al primer viento favorable, pasar el estrecho, tocar en Cádiz y hacer que se le incorporase Gravina con seis ó siete buques españoles, y además el navío francés llamado el *Aguila*, trasladándose despues á la Martinica, para reunirse con Missiessy, si se hallaba allí todavía, y esperar un refuerzo mas importante que todos los demás. Este refuerzo debia venir de parte de Ganteaume, quien aprovechando la primera racha de viento de equinocio que alejase á los ingleses, debia salir de Brest con veinte y un buques escogidos entre los mejores de aquel arsenal, marchar hácia el Ferrol, reunirse con la division francesa que estaba haciendo escala en dicho puerto, así como con la española que estubiese dispuesta para hacerse á la vela, y dirigirse á la Martinica, donde le esperaba Villeneuve. Verificada esta reunion general, que presentaba pocas dificultades en la realidad, debia haber en la Martinica doce navios al mando de Villeneuve, seis ó siete al de Gravina, cinco al de Missiessy, veinte y uno al de Ganteaume, y además la escuadra franco-española del Ferrol, es decir de cincuenta á sesenta navios, fuerza enorme, cuya concentracion nunca se ha visto en ningun tiempo, ni en mar alguno. Tan completa era aquella vez la combinacion, tan bien calculada, que debia

causar en el animo de Napoleon una verdadera exaltacion de esperanza, y hasta el ministro Decrès convenia en que presentaba mayores probabilidades de buen éxito. En Tolon siempre se podia aparejar con el auxilio del *maestral*, como lo probaba la última salida de Villeneuve; reunirse en Cádiz con Gravina, era fácil si se lograba enganar á Nelson, porque todavía no habian creido los ingleses de utilidad bloquear aquel puerto, y considerando ya entonces la escuadra de Tolon de diez y siete ó diez y ocho navios, estaba casi segura de llegar á la Martinica; como que Missiessy acababa de tocar en ella sin encontrar otra cosa que buques de comercio, á los cuales apresó. El punto mas difícil era salir de la rada de Brest; pero podia contarse con que en marzo habria alguna racha de viento de equinocio, y cuando Ganteaume llegase al Ferrol, puerto que solo estaba bloqueado por cinco ó seis navios ingleses, como él tenia veinte y uno, debia quitarles la idea de entrar en combate, hacer que se le reuniesen sin riesgo alguno la division francesa, mandada por el almirante Gourdon, y los buques españoles que estuviesen listos, y dirigirse en seguida hácia la Martinica. No podia ocurrirse á los ingleses que nosotros pensáramos reunir en un punto como la Martinica, cincuenta ó sesenta navios á un tiempo, y era probable pusieran las mientes en la India; pero en todo caso, una vez reunidos Ganteaume, Gourdon, Villeneuve, Gravina y Missiessy, como las escuadras inglesas que encontraran tendrian cuando mas doce ó quince buques, no querrian desafiarse á cincuenta, y era seguro el regreso á la Mancha. De este modo po-